

María Quién

XII Certamen Literario Alfonso Martínez-Mena

SEGUNDO PREMIO

Pseudónimo: Bipolar

DE Javier Bizarro y Rody Polonyi

María fue detenida cerca de México, Distrito Federal. Han informado las autoridades que circulaba en una Volkswagen matrícula de Jalisco, llevando consigo seis grandes maletas con doble fondo cargadas de cocaína pura. Se incautaron también 20 kilos de polvo escondidos en las llantas. En total, un alijo de 60 millones de dólares en el mercado negro, la mayor operación antidroga que recuerden los jóvenes agentes de la policía federal. Un golpe duro contra los cárteles de la droga que operan entre Tijuana y Ciudad Juárez.

Cuando el juez lo dictamine, deberá cumplir condena en una cárcel para mujeres de Santa Martha de Acatitla. El abogado evitará la cadena perpetua y será un juicio rápido: 30 años en la jaula de Iztalapa. Si tiene suerte saldrá cuando su madre esté enferma, su padre muerto y sus amigos sean tan viejos que María se haya convertido, para siempre, en María Quién.

La detenida regentaba antaño un comercio pequeño donde vendía botellines de agua fría, fruta, golosinas, refrescos y helados. Un lugar céntrico donde coincidían padres amables con niños, amantes amargados, sicarios, ninfómanas, idiotas, exquisitos, patéticos, valientes y suicidas adorables. Todos habían visto alguna vez los ojos de María, dependienta feliz de pelo negro y ojos claros, cuerpo pequeño y alma larga. Apuesto a que alguien debiera amarla en silencio, a esa perfecta y adorable María, delincuente condenada a morirse de tristeza en una celda por delito grave contra la salud pública en materia de narcotráfico, tal como se establece en el Título Séptimo del Código Penal.

En la Carretera Federal D2, Kilómetro 15, la esperaba una emboscada con perros, que se lanzaron a las ruedas de su furgoneta ladrando como poseídos por Satanás. Y tembló como una hoja, María, la misma que con doce años ayudaba a su madre en la cocina, y le regalaba pulseras hechas con revistas o que se sentaba en las piernas de su padre y le daba besos cuando estaba recién afeitado. Esa niña ágil y morena, la que ahora lloraba desconsolada pensando que quizá nunca más haría el amor.

Suerte de los perros adiestrados, dijo el Presidente, Dios bendiga la maravillosa policía de D.F. Los estupefacientes son una lacra para la sociedad de nuestro país. Miles de personas mueren al año por el consumo, les recuerdo, eso por no hablar de los asesinados por los cárteles de la droga y sus criminales. Felicitemos pues a los agentes y a todo el cuerpo que vela por nuestra seguridad. Amén.

Leí el nombre completo de María en el diario, salía su fotografía. Después se hicieron eco las radios y las televisiones. La CNN, la BBC, Al-Jazira. María suena diferente en todos los idiomas. María en árabe no parece un nombre. María en árabe parece un verso del Corán. Emitían un vídeo donde salía esposada tapándose la cara con las manos. Trending topic mundial: #alijoentijuana. Las redes sociales se hincharon como un globo, mientras algunos mensajes en su muro de Facebook recordaban la fiesta de su 38 cumpleaños. Luis la añoraba y se preguntaba dónde estaba y si se verían por navidad, Ana brindaba por ella y deseaba que este fuera un año donde los ángeles la protegieran, cuidasen y acunasen. Carlos, Marta y Pedro la habían etiquetado en una foto en la discoteca. La narcotraficante peligrosa pasándolo bien en las fotos. La oscura malhechora tenía amigos que la querían mucho. María del pasado riéndose a carcajadas de María en el futuro. Bailando y divirtiéndose en las fotos. Pensando, tal vez, en el gran golpe de su vida.

María nunca contestará a los mensajes de su muro.

No iba sola, quiso aclarar en rueda de prensa el director de operaciones Hugo Gómez, A.W. de 32 años, y T.H., de 21, custodiaban la mercancía. Salieron con pistolas e hirieron en el hombro a un policía. Fueron abatidos. Los agentes saben qué hacer en estos casos. En defensa propia pueden disparar. Ningún juez dirá nada en contra de eso. No se pueden poner peros porque fue, desde luego, una actuación ejemplar. María no iba armada, levantó las manos después de escuchar los disparos. Dijo no saber lo que ocurría. Juró no estar informada. Es un truco demasiado viejo, el fiscal anti-droga lo sabe, lo ha visto muchas veces, echarle la culpa a los muertos, los muertos no hablan, querida. Así es más fácil. Ellos no pueden defenderse, los muertos no pueden levantarse y pegarte un tiro si les señalas con el dedo. El juez sentenciará que María sí sabía lo que se llevaba entre manos. Por supuesto que lo sabía, era un golpe definitivo para escapar del peligroso barrio donde había vivido toda la vida. Se iba a llevar un millón de dólares en limpio si todo acababa como tenía que acabar. Un millón de dólares son diez millones de pesos mejicanos. Nunca más tendría que trabajar en una tienda. Su sueño era irse a vivir a Londres. Dejar que se maten entre sí sus compatriotas y que la guerra del narcotráfico destruya por fin el país, aprender inglés, llamarse Mary, matricularse en una universidad cara, dormir en sábanas de seda. Casarse con un británico y tomar té a las cinco de la tarde.

A las diez de la noche fue trasladada a la penitenciaría. Llamaron a sus padres pero estaban de viaje en Yucatán, después de eso querían morirse, ahogarse en el Atlántico, estrellarse contra el templo de Kukulcán. No puede ser, su hija pequeña, la inocente niña María, el ojito derecho de sus padres, la bienquerida llevando veneno para que los jóvenes mejicanos murieran de un ataque al corazón, o de una sobredosis, o de un tiro en la sien provocado por una paranoia.

No irán a visitarla. Querrán olvidar a su hija. Dirán que nunca fueron padres, contarán que la mujer no quería o el padre se inventará que tenía un problema seminal que le impedía tener niños. Mejor un cáncer en los testículos que una hija traficante. Tienen razón. Se irán a vivir a España, o a Australia o a la China, lo que sea con tal de no ser nunca más los papás de la delincuente María, que fue detenida a las ocho de la noche con casi 200 kilos de coca. Droga suficiente para abastecer todo el sur de México. Material suficiente para comprar un arsenal de armas con el que abastecer a 10 ejércitos.

Ella lo sabe y llora. Si se van sus padres, no le quedará nadie. Sus amigos se preguntarán qué ha pasado. Irán al bar y lamentarán lo ocurrido. María andaba metida en algo pero nunca lo supimos. Han venido a mi casa a preguntar si la conocía y si conocía a los otros que iban en la furgoneta. Vieron mi nombre en su agenda del teléfono, me llamó el día antes pero no se lo cogí. Nos equivocamos con María. Yo sé que nunca fue de fiar y a otra cosa, y a olvidarla y a no hablar de María no sea que ese nombre les pegue el virus de la tragedia.

Quiso tener hijos y cree que no los tendrá. Por eso llora. Mi tierna y dulce María.

Pero yo prometo ir a visitarla, y lo haré antes de que se vuelva loca o mala. Quiero hacerle el amor en el bis a bis, quiero darle ese hijo que desea y vivir al lado del canal de Garay. Visitarla martes, jueves y sábado. Llevarle libros y besos, y de escondidas una cuchilla por si alguien quiere pasarse con mi pobre María, tendera delicada y sensible. Víctima de una emboscada, víctima de la sociedad, víctima de las organizaciones ilícitas, condenada a pasar 30 años de crueldad.

Abel Salgado ha venido a verla. No conozco a ningún Abel, dirá. No quiero ver a desconocidos. Pero yo seguiré viniendo puntual a todas las visitas hasta que acceda a verme y después será fácil enamorarla. De verdad, sé cuáles son sus puntos débiles, sé

cómo entrar en su corazón abatido. La conozco bien. He seguido sus pasos desde el día en que su vida dio un vuelco. Confieso que tengo ganas de que llegue el momento de que caiga en mis brazos y me cuente su versión de los hechos, seguro que me dirá que fue una emboscada, que le pidieron que llevara la furgoneta, que conocía a A.W. desde hacía pocos días, y que ahora está muerto. Que lo vio en una fiesta e hicieron el amor, y que él la convenció para conducir el furgón. Que ella no hizo preguntas porque aquel tipo le gustaba, pero Dios, cómo iba a saberlo. Sólo conduce, querida, le dijo. Tú sólo conduce. Cuando volvamos haremos un viaje por Europa. Eso contará al juez, eso le dirá al jurado. Pero no le creyeron ni una palabra. Nadie coge un volante sin saber qué lleva detrás a no ser que sea muy estúpido. Y María no parece estúpida. María parece hábil y astuta. Una mujer que sabe lo que se hace. Después admitirá los hechos, dirá lo que la gente quiere oír y así se evitará la Cadena Perpetua y el juez declarará culpable a María y la gente lo aplaudirá. Se deben acabar con los capos de la droga y sus lugartenientes. Que se pudra en la cárcel. Mi hijo murió por culpa de la coca, lo mataron unos tipos en la puerta de mi casa. María mató a mi hijo. Ojalá María se muera, dirá la señora, y apagará la tele mientras bebe un sorbo fuerte de agua sabiéndose ganadora.

Pero ella, cuando estemos solos, volverá a contarme que la policía disparó a aquel hombre que había conocido y que no sabía nada de la droga. ¿Ella qué iba a saber? Es eso lo que queremos, ¿no? Yo haré que la creo y la besaré. Será fácil, en serio. No hará otra cosa. Está sola en el mundo, sólo me tendrá a mí. Le diré que podemos recurrir la sentencia, si quieres pagaré un abogado caro. Tengo dinero, no hay problema. No serviría de nada insistiré. Me ganaré su confianza y la amaré siempre. ¿Cómo está Alma?, estaré preocupado por las dos, cuida bien de nuestra pequeña allí adentro, no te preocupes tiene muchas amiguitas aquí, todos la quieren mucho. A los cuatro años le dirá adiós, llévala a la mejor escuela, no quiero que acabe como su madre. No te

preocupes, irá a una escuela privada donde harán de ella una mujer ejemplar, como su madre, que es una mujer maravillosa, que tuvo mala suerte, que está pagando injustamente por estar en el lugar y el momento equivocado. Pero que yo la quiero y la querré siempre y que cuento los días para verla fuera de estos muros y vivir juntos hasta el último instante.

La veré llorar cuando terminen las horas de visita. Un llorar leve de pequeña lágrima, discreta, sin llantos. Pero llevaré fotos de la pequeña. Fiestas de disfraces, de cumpleaños, en la playa con amigos. Ya es toda una mujer. Se parece a ti, tiene tus ojos. Cuando cumpla quince irá a verla porque antes será demasiado pronto para que pueda soportar que su mamá sigue en la cárcel porque de joven fue integrante de un cartel de Tijuana, aunque nunca quiso admitirlo, aunque siga pensado que todo fue una trampa. A esa edad, ya sabemos, los jóvenes no razonan, a esa edad los chicos sólo quieren pasárselo bien.

Transcurridos los años comenzarán a darle permisos. Los jueces son benévulos en el último tramo de las penas. Habrá permisos especiales, estoy seguro. Por fin podremos estar solos en hoteles y hacer el amor sin que nadie vigile el tiempo que nos queda detrás de una puerta.

Voy a hacerla feliz y cuando obtenga la libertad definitiva, podremos escapar a San Lorenzo en Puerto Rico, donde nadie pregunte a María de dónde vino, ni qué hizo, ni porqué.

No pienso dejarla sola. Voy a cuidarla y a protegerla. Seremos vecinos ejemplares con pasaporte estadounidense, allí nos visitarán Alma con su esposo y los nietos y María hará tartas de nata y por la noche me tumbaré a su lado sin hablar del pasado. Debemos hacerlo distinto esta vez, hágame caso señor Suárez, sólo así nos contará lo que queremos saber. Ella va a ser nuestro plan de pensiones. No le fallaré,

Título: María quién

Pseudónimo: Bipolar

nunca lo he hecho. No se preocupe, lo habré planeado 30 años. Me lo diré, tarde o temprano, diré que sí lo sabía, diré que estaba al corriente y me contará donde está enterrada la otra mitad del alijo. Después le pegaré un tiro entre los ojos.